BENJAMÍN CHÁVEZ

Nació en Santa Cruz, Bolivia, el 17 de febrero de 1971. Ha publicado 9 libros de poemas: *Prehistorias del Androide* (Premio Luís Mendizábal, Oruro, 1994); *Con la misma tijera* (Oruro, 1999); *Santo sin devoción* (La Paz, 2000); *Y allá en lo alto un pedazo de cielo* (Finalista en el concurso Yolanda Bedregal 2001, La Paz, 2003); *Extramuros* (La Paz, 2004); *Pequeña librería de viejo* (Premio Nacional de Poesía 2006, La Paz, 2007); *Manual de contemplación* (Antología personal. 1ra ed. La Paz, 2008. 2da. ed. La Paz, 2009); *Historia de las invasiones perdidas* (La Paz, 2012) y *El libro entre los árboles* (Premio único de poesía Edmundo Camargo, Cochabamba, 2014).

Algunos de sus poemas han sido publicados en antologías en Argentina, Colombia, Estados Unidos, España, Estonia, México, Nicaragua, Portugal y Suecia. Ha compilado (en colaboración) *Cambio climático. Panorama de la joven poesía boliviana* (1ra. ed. Fundación Simón I. Patiño, La Paz, 2009. 2da. ed. Editions Patiño, Ginebra, 2011).

Como parte de un equipo de tres cronistas y tres fotógrafos, obtuvo el Premio Elizabeth Neuffer de las Naciones Unidas (Nueva York, 2012), por la serie de reportajes *Viaje al corazón de Bolivia*.

Horal

La vida es sueño
Calderón de la Barca

La siesta del sábado
soñó con tu espalda como una pradera
donde los deseosos gozan del pan de los elegidos.
Un mundo de suaves caminos
entre el amanecer de tu piel
y el ocaso de los días
para deshojar las dulces horas —ungida miel de tus labios.

Nuestros cuerpos
—barca mecida en la quietud de un muelle abandonado—
convocaron un remolino de amuletos verbales
en torno a nosotros.

Sin proponernos nada más que la vida llana y simple
elegimos un nombre que no sospechamos abatido
y en el tremor, buscarte cobijo en
melodías sencillas del tiempo de la niñez.
Me pediste que te las cantara
pero, como la villana fiera de alguna fábula trunca
me escabullí por el follaje
donde, agazapado, contemplé en silencio tu belleza.

El ejército se dispersa

La calle creada para el acoso y el deambular frenético de las miradas
se inclina como una charola después del banquete.
Nada queda en su sitio tras una fiesta de barrio dominguero.
Contra la barbarie mutilada —entre iguales
el espejo de la indiferencia
reverbera al maldecido sol de un lunes de mercurio.

Frente a mi taza de café en la terraza del bar
soporto un silencio manoseado por todos los tristes.
Pasan y posan las feroces bocas del tráfico
se arrastran cansadas las lenguas de los colectivos
acezante martillo de pistón junto a los autos parqueados
en este vecindario exclusivo.
Un muchacho recibe monedas por su esmerado pulir
de parabrisas y capotas.
Trabaja y sonríe (mucho, lo uno y lo otro)
con una mueca que recibe las muescas.
Cuando ha terminado y no hay más clientes
hecha un último vistazo a la calle desierta.
Antes de irse, da una última pasada
con su húmeda franela
a mis amansados anteojos.

Table of Contents / Indice